

Pino Lombardi
El desierto de "Homo Tech"

Melquíades Araujo no era hombre que se asustara fácilmente ante cualquier cosa, tampoco perdía su peculiar sentido del humor en las circunstancias más adversas. Cuando le habían nombrado, además de CEO de la CHUFA (siglas en inglés de la "Federación de los Humanos Originarios", en adelante "la Federación"), Superintendente de Aguas y Bosques, una amarga sonrisa había colonizado su semblante, sin disfraz alguno que atenuase el desprecio hacia sus superiores. ¿Qué aguas? ¿Qué bosques? Ya casi no existía nada, ni de unas ni de otros.

El Superintendente movía nervioso la cabeza de un lado para otro, casi con la regularidad de un péndulo. No le gustaba nada la nube de polvo que avanzaba lenta pero inexorablemente hacia uno de los últimos oasis del planeta Tierra. Muchas, demasiadas cosas iban ocurriendo sin que los humanos supervivientes pudieran ejercer un mínimo control sobre ellas, ni siquiera aclarar su origen. Rápidamente desenfundó su única arma, unos valiosísimos prismáticos *Swarovski*, capaces de captar el más mínimo movimiento en la casi completa oscuridad, y apuntó su mirada...

Mel había memorizado los acontecimientos de los últimos dos siglos por los relatos orales que sus padres y sus abuelos le habían transmitido. Uno de sus tatarabuelos, de nombre Joaquín, había creado y apoyado movimientos que preconizaban una relación fraternal entre los seres humanos y la naturaleza.

En aquellos tiempos, solo unos pocos científicos se atrevían a amonestar a la opinión pública acerca de un posible cambio climático. Sin embargo, las décadas siguientes ya dejaron entrever la catástrofe que se estaba fraguando. En 2035 desapareció por completo la última masa de hielo terrestre, en la Antártida. Los océanos se elevaron varias decenas de metros sobre las tierras firmes, sumergiendo varios núcleos urbanos, pueblos y ciudades costeras, islas y archipiélagos. Años más tarde, además del deshielo completo, se registraron violentos fenómenos volcánicos y sísmicos, aparejados con tsunamis casi permanentes. La superficie acuática del planeta alcanzó más del ochenta por ciento del total; la primera consecuencia consistió en unas migraciones masivas hacia las regiones más elevadas.

Por otro lado, se aceleraba la colonización espacial; ninguna potencia mundial estaba dispuesta a perder comba en la alocada carrera hacia la conquista del espacio extraterrestre (y de los derechos de explotación anexos). El número de estaciones espaciales orbitantes se había disparado de tal manera que algunos países plantearon limitar su número. La propuesta obviamente cayó en saco roto, porque nadie quería renunciar a disponer y explotar los puertos de salida al espacio interplanetario. Los amos del mundo, una vez más, impusieron un cambio de imagen al panorama geopolítico global, para que todo siguiera igual, con una codicia desenfundada: un tórrido día de invierno, en los albores del siglo XXII, nació la *Federación*, contenedor vacío y emblema definitivo de la ceguera existencial que afectaba a los seres humanos.

Nadie entonces hubiera imaginado que en las décadas siguientes se pondría en entredicho la mismísima supervivencia de la especie y de toda forma de vida sobre la faz de la tierra. De aquellos polvos... y Melquíades Araujo, el Superintendente, tenía ahora que lidiar con la pesada herencia de la generación de sus abuelos.

Mel recordaba casi al pie de la letra aquel cuento de terror que, siendo todavía un niño, había escuchado junto a una hoguera. Los adultos relataban cómo, en apenas una quincena de años, la desaparición completa de los casquetes polares había empezado a modificar el habitual movimiento de rotación de la Tierra y la

oscilación periódica de su eje. En pocas palabras, la esfera terrestre había comenzado a moverse como una peonza, cuyos trompos eran más consistentes a mayores latitudes, sacudiendo agua de su superficie como un perrito mojado hace con su piel.

El conocido *planeta azul* se había transformado en un lugar tremendamente inhóspito, asumiendo el aspecto de un globo árido y desértico, incompatible con la esperanza de futuro de los seres vivos que habían propiciado tamaño desastre. *Homo Technicus*, devorado por su propia codicia evolutiva, había emprendido una huida hacia adelante sin hoja de ruta ni rumbo conocido.

Melquíades Araujo tenía su personal teoría sobre los acontecimientos previos al desastre: la vertiginosa secuencia de hallazgos científicos, especialmente a mediados del siglo XXI, había creado una permanente ansiedad por ir más allá del último descubrimiento. La capacidad tecnológica se retroalimentaba, cada vez más fuera del alcance de los designios del ser humano y del control que su mente podría ejercer sobre la situación.

El Director Ejecutivo de la Federación estaba convencido de que *Homo Technicus* no representaba un paso adelante en la evolución de *Homo Sapiens*, sino más bien todo lo contrario, por haber renunciado al papel clave de la sabiduría y del libre albedrío propios de los seres humanos.

En el rostro de Mel apareció una mueca de rabia, impotencia y cierta sorna, visualizando los famosos cambios posturales de la silueta humana, en su evolución animal desde los monos, *australopithecus*, *erectus*, *afarensis*, *neandhertal*, *sapiens* y ... *technicus*, otra vez con la espalda encorvada (ahora, encima de un teclado). Al fin y al cabo, ya no hacía falta ninguna postura erguida, sin horizontes lejanos por escrutar ni otros seres vivos por someter. El planeta parecía haber perdido todos sus automatismos funcionales, había desaparecido gran parte de la vida animal y vegetal, casi a la vez que las últimas naves espaciales habían despegado hacia improbables destinos siderales. Aún joven y de principios sólidos, Araujo había asistido con impotencia al derroche criminal de las últimas migajas de recursos naturales. Las grandes Corporaciones defendían la inutilidad de seguir luchando contra la incipiente desertificación y sus inevitables consecuencias globales, pregonando el abandono del planeta como ineludible y única posibilidad de supervivencia para la especie humana, sin otra esperanza que la de conseguir un pasaje hacia donde fuera, antes de que *el barco* se hundiera definitivamente.

Mel veía con claridad la cínica, codiciosa hipocresía de los amos del mundo, capaces de seguir haciendo negocio tras haber provocado el desastre. Confiaba en la regeneradora capacidad de la naturaleza de empezar una y otra vez sus ciclos vitales, resurgiendo de sus propias cenizas, cual brote nuevo tras el incendio. En su ser más profundo, disponía de un poderío inusual, una perseverancia que le llevaba a no rendirse nunca, creciéndose con las peores adversidades.

Guardaba una imagen, en su *maletín de herramientas*, que le proporcionaba la confianza y serenidad necesarias para sobrellevar los momentos críticos: en la noche más oscura, observaba el firmamento repleto de estrellas, introduciendo su mirada entre ellas, siempre más lejos, más en profundidad, hasta quedarse cautivo en un vértigo incontrolable, indefinido, desconocido a la par que hermoso, reconfortante y esperanzador.

Le vino a la memoria el denominado *límite K/Pg*, definición geológica que indica la huella que dejó en la superficie terrestre, hace 66 millones de años, la caída de un asteroide, provocando la desaparición de tres cuartas partes de los seres vivos que habitaban el planeta. Algo parecido, por causas ciertamente más humanas, podía

ocurrir a finales del siglo XXII; ningún miembro de la comunidad superviviente recordaba haber visto, ni de lejos, animales terrestres o aves durante los últimos años. Todo parecía estar perdido, incluso escaseaban las últimas reservas de vegetales almacenados al abrigo del gran bosque de eucaliptos que protegía a los humanos de la intemperie.

En lo alto de su torre de madera, Araujo seguía escudriñando el cielo y olfateando el aire; repetía los gestos habituales de sus ancestros prehistóricos, sin pensarlo siquiera, en búsqueda de indicios que delataran el origen de la descomunal nube de polvo que seguía aproximándose. La única, pero sustancial diferencia, consistía en la ayuda inestimable de sus inseparables *Swarovski*.

De repente, algo provocó un sobresalto al “Comandante”, como acostumbraban apodarle sus ayudantes más próximos. Mientras nadie, a simple vista, alcanzaba a identificar el objeto de tanta atención, Melquíades Araujo se quedó atrapado en una emoción incontenible; en la polvareda podía vislumbrar las siluetas de animales al galope. Era la mejor señal que cabía esperar en los tiempos que estaban viviendo. La noticia se propagó como la pólvora; toda la comunidad acudió a la carrera, convocada por la campanita de la torre vigía y por una nueva señal de esperanza, la única en aquellos últimos, larguísimos y dramáticos años.

Cuando la enorme nube de polvo se disolvió, fue posible apreciar la imagen de un acontecimiento épico, sin duda bestial, por la naturaleza misma de los protagonistas. Utilizando el bosque a guisa de la bíblica *Arca de Noé*, los animales se repartieron el espacio sin que acaecieran conflictos de ningún género. Mamíferos, reptiles, aves -carnívoros y herbívoros- se dispusieron, con increíble serenidad y *sentido de estado*, a crear de las cenizas un mundo mejor.

Solo ahora, nuestro CEO de la Federación sintió que podía merecer la pena incluso el cargo de Superintendente de Aguas y Bosques; los mimbres de los que se habían quedado le parecían garantía suficiente para empezar de nuevo. Tanto los humanos que habían rechazado la actitud de abandonar el planeta Tierra, como la multitud animal recién llegada al oasis, prometían ser depositarios de ese compromiso indispensable para la gran aventura que volvería a comenzar.